



**THOMAS MERTON:
LA RESPUESTA DEL MONJE EN TIEMPOS DE OPCIONES CRUCIALES**

Francisco R. de Pacual y
Fernando Beltrán Llavador†*

Thomas Merton se ha hecho presente en el Parlamento Barcelona 2004 mediante una iniciativa promovida por la THOMAS MERTON FOUNDATION¹. Su director Ejecutivo, Robert G. Toth, delegó en las dos personas arriba señaladas la tarea de elaborar y ofrecer a los participantes en el Parlamento de las Religiones del Mundo una síntesis del monje cisterciense cuyos escritos y testimonio sobre la paz y la no violencia, las relaciones entre religiones y la necesidad de una conciencia global de espiritualidad profunda han dejado una profunda huella en la literatura y mentalidad contemporáneas.

Ofrecemos a los lectores de CISTERCIUM una selección de textos contenidos en la exposición que tuvo lugar el 9 de julio. La exposición completa, en español y en inglés, puede encontrarse y descargarse en la página web de nuestra revista.



“Hermano, el contemplativo no es el hombre que tiene visiones flamígeras del querubín llevando a Dios en su carro imaginario, sino sencillamente el que ha arriesgado su

· Monje cisterciense de la Abadía de Viaceli, en Cóbrecas (Cantabria), Director de la Revista Monástica *Cistercium*, en la que publica artículos, noticias bibliográficas y presenta estudios sobre Merton y su obra. Ha traducido algunas obras de Merton o trabajos sobre él; en los últimos años, junto con Fernando Beltrán, ha organizado los dos Encuentros Mertonianos en España habidos hasta ahora (2000 y 2002).

· Profesor de la Universidad de Salamanca y Asesor de la International Thomas Merton Society. Completó sus estudios de filología inglesa con una tesis doctoral sobre *Thomas Merton y el Nuevo Adán Americano*. Está activamente comprometido en la difusión del mensaje espiritual de Merton a través de numerosas publicaciones, artículos y conferencias, cursos breves y traducciones. Recientemente ha dirigido una tesis doctoral sobre la Poesía de Thomas Merton, realizada por la investigadora española Sonia Petisco.

¹ 2001 THE THOMAS MERTON FOUNDATION 2117 Payne Street, Louisville, KY 40206. PHONE: (502)899-1991 / (800) 886-7275. FAX: (502) 899-1907. INFO@MERTONFOUNDATION.ORG / WWW.THOMASMERTONFOUNDATION.ORG

mente en el desierto más allá del lenguaje y de las ideas, allí donde Dios se encuentra en la desnudez de la confianza pura, es decir, en la total entrega de nuestra pobreza y de nuestra condición inacabada para dejar de aferrar nuestras mentes en un nudo sobre sí mismas, como si el pensar nos hiciera existir. El mensaje de esperanza que te ofrece el contemplativo es, pues, hermano, que no necesitas encontrar tu camino a través de la maraña del lenguaje y de los problemas que hay hoy en día en torno a Dios, sino que tanto si lo comprendes como si no, Dios te ama, está presente en ti, vive en ti, mora en ti, te llama, te salva y te ofrece una comprensión y una luz que no se parecen en nada a la que jamás hayas podido encontrar en libros o escuchado en sermones. El contemplativo no tiene nada que decirte salvo asegurarte que si te atreves a penetrar en tu propio silencio y te arriesgas a compartir esa soledad con otros solitarios que buscan a Dios a través tuyo, entonces recobrarás de verdad la luz y la capacidad de entender lo que está más allá de las palabras y de las explicaciones, porque está demasiado cerca como para ser explicado: es la unión íntima en la profundidad de tu corazón, del espíritu de Dios y de tu propio ser más íntimo y secreto, de modo que tú y Él sois en verdad un solo Espíritu. Te amo, en Cristo.”
(Thomas Merton, “Mensaje a los contemplativos del mundo”, 21 de agosto de 1967, en respuesta a una petición expresa del Papa Pablo VI)

La respuesta contemplativa de Thomas Merton es paradigmática, en cierto modo, de la trayectoria monástica universal y de un itinerario de crecimiento y plenitud humanas. Su vida recorre un trazado de opciones vitales que van desde un ejercicio de control autocentrado hasta la respuesta plenamente personal a cada necesidad concreta; desde un impulso de conocimiento de sí, del otro y de la realidad trascendente de Dios hasta una relación profunda, y profundamente trinitaria, con el corazón del mundo y con el mundo del corazón. En nuestra presentación trataremos de mostrar, con el testimonio de Merton, cómo el camino del monje (institucional y carismático) comporta, ante todo, un enraizamiento en el suelo del Espíritu. La madurez del monje hoy en día, la del ser humano, su paz y la paz del mundo dependen de la radicalidad de su opción. Para Merton, nuestra responsabilidad, mucho más exigente que en el pasado, requiere una nueva creatividad y apertura, una solidaridad sincera con las personas de otras religiones, culturas y tradiciones, que, mas allá del diálogo, llegue a ser una auténtica comunión. El ejemplo de Merton fue una semilla fértil para una paz respetuosa con las diferencias que, lejos de provocar un choque de civilizaciones, son intrínsecas a la unidad de la familia humana.

Para dar el espacio que merece a la propia voz de Merton en un foro polifónico como es este Parlamento de las Religiones del Mundo, hemos vertebrado nuestra intervención en siete breves apartados, a modo de escenarios o encrucijadas, donde se hace evidente la elección vital de Merton en temas de hondo calado humano. En ellos, deliberadamente, acudiremos de forma profusa a sus propios escritos para ilustrar las motivaciones y las modulaciones de sus respuestas.

1. Pax intrantibus

Paz a todos los que aquí entran. Son las palabras que un día estuvieron escritas sobre el dintel de la puerta de entrada de un monasterio de Kentucky. *Paz a todos los que escuchan ahora.* Sea ese nuestro saludo a quienes se disponen a acercarse a la vida y obra del gran maestro espiritual que fue Thomas Merton.

Thomas Merton murió siendo monje cisterciense de la Abadía de Gethsemaní, en Kentucky (USA), donde ingresó en 1941²; su muerte acaeció en 1968, paradójicamente en Bangkok, durante un encuentro interconfesional de monjes en Asia. Siempre quiso estar donde el Espíritu le llevaba y vivir conforme a lo que éste le inspiraba. En un diálogo ficticio de su única novela, escrita en el año 1941, Merton escribe sobre sí:

“Si quieres saber quién soy, no me preguntes dónde vivo, o lo que me gusta comer, o cómo me peino; pregúntame, más bien, por lo que vivo, detalladamente, y pregúntame si lo que pienso es dedicarme a vivir plenamente aquello para lo que quiero vivir. A partir de esas dos respuestas, puedes determinar la identidad de cualquier persona”.³

Merton pronto se percató de la gravedad de sus elecciones. En las primeras páginas de su autobiografía podemos leer lo siguiente:

“Puesto que ningún hombre jamás puede, ni pudo, vivir por sí y para sí solo, los destinos de millares de otros seres se verían afectados, unos remotamente, pero otros muy directamente y de cerca, por mis propias elecciones y decisiones, como mi propia vida se vería formada y modificada según las de ellos. Entraba en un universo moral en el cual me vería relacionado con todos los demás seres racionales y en el cual masas enteras de nosotros... se arrastrarían unas a otras hacia un común destino de bien o mal, paz o guerra”.⁴

“De alguna manera, tengo que buscar mi identidad no sólo en Dios, sino también en los otros. Jamás podré encontrarme a mí mismo si me aílo del resto de la humanidad, como si perteneciera a una especie diferente”.⁵

Puede, pues, parecer extraño; pero Thomas Merton no ingresó en un monasterio trapense para buscar su felicidad y su paz, sino para hallar su lugar propio en el mundo:

“Si lo que la mayoría de la gente da por sentado fuera realmente verdadero..., si todo lo que se necesitase para ser feliz fuese apoderarse de todo y verlo todo e investigar todas las experiencias y entonces hablar de ello, yo habría sido una persona muy feliz, un millonario espiritual, desde la cuna hasta ahora. Si la felicidad fuera simplemente cuestión de dones naturales, nunca habría ingresado en un monasterio trapense cuando llegué a la edad adulta”.⁶

² “Muchos de sus compatriotas seguro que considerarían el acercarse a esta puerta de entrada como algo escandaloso. Un cobarde, claramente. Un hombre indiferente ante los ejércitos nazis y las casas bombardeadas. Pero un rostro fuera de la fila puede ser mal interpretado, y un monasterio raramente es una escotilla de escape. El joven Merton no era un despreocupado ni un escapista. Estaba muy habituado a las calles de Londres, agujereadas ahora con los cráteres de las bombas. Durante años, la preocupación de la guerra en Europa y sus horrores había limado su espíritu como el ácido corroe la piedra caliza. La paz que él buscaba en el monasterio no era seguridad por separación. Había venido a la Abadía de Gethsemaní en parte porque estaba convencido de que los lugares donde la oración es el mayor negocio de la vida no están en el límite de la historia, sino en el centro, y en parte porque creía que podría hacer más por la paz desde allí que en cualquier campo de batalla. Estaba ante las puertas del monasterio por la misma razón por la que otros se enrolaban como soldados: para poner su vida en la línea de choque”. Ver: Jim Forest, *Vivir con sabiduría*, Ed. PPC. Madrid 1997, págs. 13-14.

³ Thomas Merton, *My argument with the Gestapo, A Macaronic Journal*, New Directions, New York 1975, pp. 160-161

⁴ *La montaña de los siete círculos*, Porrúa, México 1999, pág 12.

⁵ Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Ed. Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2003, pág.70. Todo el capítulo 7 de este libro, que lleva por título “Unión y división”, trata el problema del yo y de la propia identidad (el libro, en inglés: *New Seeds of Contemplation*).

⁶ *La montaña de los siete círculos*, págs. 3-4.

2. *Los dones naturales*

“En el último día de enero de 1915, bajo el signo de Acuario, en un año de una gran guerra y a la sombra de unas montañas francesas de la frontera con España, vine al mundo. Libre por naturaleza, a imagen de Dios, fui, sin embargo, prisionero de mi propia impetuosidad y mi propio egoísmo, a imagen del mundo al cual había venido...”

Heredé de mi padre su manera de mirar las cosas y algo de su integridad; y de mi madre algo de su insatisfacción con la confusión en que el mundo vive y un poco de su varia capacidad. De ambos heredé facultades para el trabajo y visión y goce y expresión que debían haber hecho de mí una especie de rey, si los ideales por los que el mundo vive fueran los verdaderos. No es que nunca tuviéramos dinero; pero cualquier tonto sabe que no se necesita dinero para disfrutar de la vida”.⁷

Este breve párrafo, que abre su autobiografía, concentra y describe admirablemente la rica personalidad de Merton; da cuenta de su origen familiar –hijo de artistas, nacido entre Francia y España, educado en Francia e Inglaterra-, y de su situación en la historia -vino al mundo en una etapa crucial de la historia de Europa, e ingresaría en un monasterio en una época crítica del siglo XX, caracterizada por avances sin precedentes en todos los campos humanos, pero también trágicamente marcada por dos guerras que, por primera vez, tuvieron alcance mundial.

Merton, durante toda su vida, fue un viajero, siempre estuvo en camino y nunca se detuvo:

“En cierto sentido siempre estamos viajando, y viajando como si no supiéramos a dónde estamos yendo.

En otro sentido, ya hemos llegado. No podemos llegar a la perfecta posesión de Dios en esta vida, y así es que siempre estamos viajando, y en tinieblas. Pero ya Le poseemos por la gracia, y además, en ese sentido, ya hemos llegado y moramos en la luz.

Pero, ¡qué lejos tengo que ir todavía para encontrarte, a Ti a quien ya he llegado!”⁸

Desde su infancia buscó la estabilidad que la temprana orfandad de padre y madre le arrebató; pero con el tiempo aprendió a no mirar atrás, sino a centrarse en otro horizonte al que le empujaba su fina y despierta sensibilidad; y así, en la soledad de su ermita de monje, oraba un día a La Virgen María:

“Enséñame a ir a ese país que está más allá de las palabras y de los nombres propios. Enséñame a rezar en esta parte de la frontera, aquí donde se encuentran los bosques. Necesito que Tú me guíes. Necesito que mi corazón se mueva bajo tu impulso. Necesito que mi alma se purifique por medio de tu oración. Necesito que Tú fortalezcas mi voluntad. Necesito que Tú cambies vengas al mundo y lo cambies. Te necesito para todos aquellos que sufren, para los encarcelados, para quienes están en peligro, para los atribulados. Te necesito para toda la gente que se ha vuelto medio loca. Necesito que tus manos sanadoras actúen siempre en mi vida. Necesito que, a imagen de tu Hijo, hagas de mí un sanador, un consolador, un salvador. Necesito que Tú les pongas nombre a los muertos. Necesito que Tú

⁷ *La montaña de los siete círculos*, líneas iniciales.

⁸ *La montaña de los siete círculos*, pág. 424.

ayudes a los moribundos a cruzar el río particular de cada uno de ellos. Te necesito para mí mismo, tanto si vivo como si muero. Necesito ser Tu monje y Tu hijo. Es necesario. Amén”.⁹

3. El despertar de la conciencia

Nuestro personaje pasó por varios colegios y lugares de aprendizaje, estuvo bajo la custodia de distintas personas de su entorno familiar y, finalmente, se encontró solo, muy solo en el mundo. Su aguda conciencia de la transitoriedad de las cosas sería el principio de un ejercicio decidido de “elección” que se prolongaría durante toda su vida y que reflejaría en unas significativas palabras escritas muchos años después:

“A ti no te preocupan tanto los principios éticos y las respuestas tradicionales a las cuestiones tradicionales, porque muchos hombres han decidido no volverse a plantear tales cuestiones. Lo que te interesa más no son las respuestas formales ni las definiciones exactas, sino intuiciones difíciles en un momento de crisis humana. Tales intuiciones no pueden ser consoladoras ni bien definidas: son oscuras e irónicas. No se pueden traducir en un programa que resuelva todos los problemas de la sociedad, pero quizá hagan posible a alguna rara persona, acá o allá, seguir viva y estar despierta en un momento en que lo deseable es estar despierto: un momento de decisión definitiva, en que note una amenaza en las raíces de su propia existencia”.¹⁰

4. El camino hacia la libertad

Un día, Merton estaba en un convento de franciscanos, se detuvo al sol, poco antes de la comida, esperando el Ángelus del mediodía, y un fraile entabló conversación con él. No pudo contenerse y le expresó abiertamente lo que embargaba su corazón: “Voy a un monasterio trapense, a hacer un retiro por Semana Santa”, le dijo. Lo que se asomó a los ojos del fraile le dio la clase de expresión que uno esperaría “si yo hubiera dicho: ‘Voy a comprar un submarino y a vivir en el fondo del mar’”.¹¹

Merton mismo descubriría con el tiempo que iba a vivir, a partir de entonces, no en un submarino sino “en el vientre de una paradoja”: “Mi corazón se oprimía. Pensaba. ¿en qué me estoy metiendo?”.¹²

“No creo que jamás haya habido un momento en mi vida en que mi alma sintiera una angustia tan apremiante y especial... “-Por favor, ayúdame. Qué voy a hacer? No puedo continuar así.” De repente, tan pronto como hube dicho esa plegaria, me sentí consciente del bosque, de los árboles, de las colinas oscuras, del viento húmedo de la noche, y luego, más distintamente que cualquiera de esas realidades obvias, en mi imaginación, empecé a oír la gran campana de Gethsemaní tocando en la noche... La campana parecía decirme cuál era mi sitio como si me llamara a casa”.¹³

⁹ *A search for solitude*, págs. 46-47.

¹⁰ Thomas Merton, *IncurSIONES en lo indecible*, Ed. Pomaire, Barcelona 1967, págs. 8-9.

¹¹ *Ibid*, pág. 324.

¹² *Ibid*, p. 339.

¹³ *Ibid*, pp. 372-73.

Merton tuvo que romper los gruesos muros de su corazón y cortar los nudos de sus egoísmos que le ataban a él y a quienes le rodeaban; tuvo que atravesar la mera temporalidad y la inautenticidad para emprender este camino. Es el camino de todo el que se quiere hacer monje, o ser verdaderamente humano. Así se expresa también otro maestro espiritual de nuestro tiempo, también él, como Merton, puente entre culturas y, por tanto, portador de paz:

“*Ahamkara* y *abhimana*, egoísmo y autosuficiencia, tienen que ser desmascarados, profundamente rotos, de modo que el verdadero Atman, el “Yo” real, pueda emerger. El nacimiento de la aspiración primordial es el verdadero comienzo de la vida espiritual. Ahora bien, esta aspiración, tan necesaria como es, por sí sola puede no producir los efectos a que aspira. Aquí la voluntad es impotente. La aspiración es sólo la condición para lo que sigue. No produce la bondad a la cual aspira... para esto, se requiere algo más. ¿Quién va a abrir este corazón? No se puede hacer por sí mismo, por mucho que se intente, con las propias fuerzas. Ningún grado de sufrimiento personal, de desorden social, son tampoco suficientes. Algunos, al darse cuenta de esto, huyen o caen en la desesperación. Sus corazones permanecen cerrados... Alguien, algo, Dios, el atman, el guru, la gracia, el amor..., tiene que tocar o sacudir el corazón y abrirlo de par en par. Hay algo pasivo en este acto. Me ocurre a mí. Y por eso, no puedo dar razón última alguna, porque es una gracia, aunque a veces pueda parecer una carga o incluso una maldición...”¹⁴

5. Descubrirse a sí mismo en la soledad

Hay mucho camino por recorrer cuando se inicia la aventura interior:

“Ahora, si pensamos que nuestra vulnerable cáscara es nuestra verdadera identidad, si creemos que nuestra máscara es nuestro verdadero rostro, la protegeremos con fabricaciones aun a costa de violar nuestra propia verdad. Ese parece ser el empeño colectivo de la sociedad: cuanto más diligentemente se dedican a ello los hombres, con mayor certidumbre se convierte en una ilusión colectiva, hasta que al fin tenemos la enorme dinámica, obsesiva e incontrolable, de las fabricaciones proyectadas para proteger meras identidades ficticias —es decir, los “yo”, considerados como objetos. Unos “yo” que se pueden echar atrás y verse divirtiéndose— (ilusión que les tranquiliza al convencerles de que son reales)”¹⁵

Una tarea previa se hace, pues, imprescindible para el alumbramiento de cualquier tipo de vida espiritual:

“Lo primero que tienes que hacer, antes de empezar siquiera a pensar en algo como la contemplación, es intentar recuperar tu unidad natural básica, *reintegrar* tu ser compartimentado en un sencillo y coordinado todo y aprender a vivir como una *persona humana* unificada. Lo cual significa que has de volver a unir los fragmentos de tu distraída existencia para que cuando digas “yo” haya alguien que esté realmente presente para apoyar el pronombre que acabas de pronunciar”¹⁶

¹⁴ Raimon Panikkar, *Elogio de la sencillez. El arquetipo universal del monje*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 2000-2ª, pág. 71.

¹⁵ Thomas Merton, *Incursiones en lo indecible*, pág. 19.

¹⁶ Thomas Merton, *La experiencia interna*, Ed. Oniro, traducción de Nuria Martí, Barcelona 2004, p. 24.

Para Merton, el hombre cuya visión de la vida sea puramente material se odiará a sí mismo para sus adentros aun cuando parezca estar amándose. Se odiará en el sentido de no poder soportar estar “con” o entrar en el abismo de sí mismo. Y al odiarse a sí mismo, tenderá a proyectar su impotencia sobre Dios, incapaz de asumir la soledad interior que debe ser aceptada y sufrida antes de poder encontrarle. Su rebeldía frente a su soledad y pobreza interiores se transformará en orgullo. El orgullo es la fijación del yo externo sobre sí mismo, y el rechazo de otros elementos de su yo sobre los cuales se ve incapaz de asumir responsabilidad alguna. Eso incluye el rechazo a su yo más íntimo, con su vacío e indefinición aparentes y su carácter general difuso, oscuro y desconocido. El orgullo es, así pues, una autorrealización falsa y evasiva que de hecho no constituye realización alguna sino más bien la fabricación de una imagen ilusoria. Como en el mito de Prometeo encadenado, el esfuerzo que a continuación hay que hacer para proteger y dar cuerpo a tal ilusión ofrece una apariencia de fuerza. Mas, en realidad, esta fijación en lo que no existe sencillamente acaba por arruinarnos y agotar nuestro ser.

Por eso, la persona que tiene una visión “sagrada” es aquella que no necesita odiarse a sí misma y no teme ni se avergüenza de permanecer con su propia soledad, porque en ella, en medio de su indigencia, encuentra una paz que es un tesoro incorruptible, y a través de ella puede llegar a la presencia de Dios. Más todavía, es capaz de salir de su propia soledad para encontrar a Dios en otros hombres. Es decir, en su trato con los demás ya no necesita identificarse con sus pecados ni condenar sus acciones, porque es capaz de ver por debajo de la superficie y percibir, también en ellos, la presencia del yo interno e inocente que es la imagen de Dios. Una persona así es capaz de ayudar a los demás a encontrar a Dios en su interior, educándolos en la confianza, gracias al respeto profundo que es capaz de sentir por ellos, al saberlos, como él mismo, infinitamente amados por Dios. Por eso, se encuentra en posición de disipar algunos de sus temores y de ayudarles a reconciliarse consigo mismos hasta que alcancen cierta quietud interior y aprendan a ver a Dios en las profundidades de su propia pobreza.

6. Itinerario de la soledad a la comunión

En Merton convivieron durante toda su vida tendencias e impulsos muy marcados: silencio y palabra, soledad y comunidad, memoria y profecía, trascendencia e inmanencia, crítica y esperanza, oración y servicio, la vía de la luz y la de la noche¹⁷. Así, durante años, y desde poco tiempo después de ingresar en el monasterio, a modo de *Jonás* contemporáneo, como ya hemos dicho, expresó en sus libros sus propias necesidades y dejó constancia de sus rutinas monásticas y de sus deseos de comunión y solidaridad, deseos que compartió vivamente con estudiosos, pacifistas, escritores, teólogos, monjes y monjas de diversas órdenes y confesiones religiosas, amigos todos, en fin, para encontrar inspiración y solaz al amparo de una presencia cada vez más integrada y más universal.

Unos veinticinco años después de un encuentro mantenido con Merton –en Dharamsala, India, en octubre de 1968- el Dalai Lama escribió en su autobiografía unas palabras sobre el monje cristiano: “Mucho más impactante que su apariencia externa,

¹⁷ Véanse, a ese respecto, los trabajos compilados en *TRIPTICO MERTONIANO*: Richard Fournier: “La ermita acogedora”; Gary P. Hall: “Autonomía y Abandono, Soledad e Intimidad”; Fernando Beltrán Llavador: “Hermano Silencio, Hermana Palabra: conversión y conversación. Merton en soledad y sociedad”, en *Cistercium* XLIX (1997) 633 –660.

que en sí misma era distinguida, era la vida interior que manifestaba. Podía ver que era un hombre profundamente espiritual y verdaderamente humilde. Era la primera vez que me sentí conmovido por tal sentimiento de espiritualidad de alguien que profesaba el cristianismo... fue Merton quien me introdujo por primera vez en el significado real de la palabra ‘cristiano’¹⁸. El Dalai Lama no fue el único a quien Merton abrió el significado de la palabra “cristiano”. Su Santidad experimentó lo que innumerables lectores han sentido: la espiritualidad de Merton impregnaba su persona entera y habla a toda la persona, no a parcelas separadas de la misma. Lo que impresionaba a quien le conocía no era lo que escribiera o lo que dijera, sino lo que era. Y esto, lejos de restar importancia alguna a la verdad o fuerza de sus escritos, destaca la relación total y sincera entre las palabras de Merton y su propia vida.

La vida de Merton, sobre todo desde que ingresó en el monasterio, estuvo dominada por tres grandes llamadas interiores que se superponen, se entrecruzan, se complementan y, a efectos de exposición, han servido para distinguir de alguna forma la nervatura central de sus publicaciones y su itinerario espiritual: la *llamada a la contemplación*, la *llamada a la compasión*, la *llamada a la unidad*.¹⁹

También conoció bien las guerras del siglo veinte. Nació en el sur de Francia “en el año de una gran guerra” (*La montaña de los siete círculos*). Su ingreso en la Abadía de Gethsemaní coincide con la entrada de América en la segunda gran guerra, en la cual murió su único hermano. El cadáver de Merton, según se sabe, fue trasladado por avión a América desde el Sudeste de Asia en compañía de militares muertos en una guerra a la que él se había opuesto tenazmente. Aunque sus más importantes escritos sobre la guerra se redactaron durante los últimos ocho años de su vida, son fruto de una preocupación que precede a su conversión, la misma preocupación que le llevaría a declararse objetor de conciencia, como católico, al principio de la Segunda Guerra Mundial.

En los primeros escritos sobre la guerra pone el acento en la noción de una responsabilidad personal por la creación de un tipo de sociedad inmoral que hace posible la guerra; reconoce los motivos económicos, políticos, e ideológicos que esconden las guerras, pero aún así, le parece que oponerse a sus horrores o la devastación económica que la guerra genera no es motivación suficientemente fuerte para preservar la paz.

En su única reflexión amplia que publicara sobre la guerra, además de la de su autobiografía, en el periodo temprano de sus escritos, el capítulo “La raíz de la guerra es el miedo”, en *Semillas de Contemplación*, Merton enfatiza que solamente el amor a Dios y la confianza en Él puede traernos la paz duradera, “porque solamente el amor -que significa humildad- puede expulsar el miedo que es la raíz de toda guerra” (*Semillas de contemplación*), y vuelve a subrayar la dimensión de la responsabilidad moral personal en la oposición a la guerra: “En lugar de odiar a las personas que piensas que son los que hacen las guerras, odia los apetitos y el desorden en tu propio corazón, que son las causas de la guerra”. Cuando retoma el tema de la guerra en *Nuevas Semillas de Contemplación*, doce años después, conserva muchas de sus antiguas ideas, pero son parte de un capítulo mucho más desarrollado en el que pone de relieve, además, los mitos colectivos que pintan al enemigo como un demonio, así como la hipocresía, o como mínimo la ceguera moral, que reconcilia el lema “rezar por la paz” escrito en el franqueo de los sellos con la “sumas fabulosas de dinero, planificación,

¹⁸ Tenzy Gyatso, *Freedom in Exile: The Autobiography of the Dalai Lama*, HarperCollins, New York 1990, pág. 189.

¹⁹ Ver: Thomas Merton, *Essential Writings*, ed. por Christine M. Bochen; Modern Spiritual Masters Series, Orbis Book, Maryknoll, New York 2000, posiblemente la mejor antología de textos de Merton editada hasta ahora y con un gran acierto organizativo.

energía, ansiedad y el cuidado que se da a la producción de las armas las cuales casi inmediatamente se vuelven obsoletas y se convierten en chatarra”. Insiste en la importancia de rezar por la paz, rezar “no solamente porque los enemigos de mi país cesen las guerras, sino ante todo porque mi propio país deje de hacer las cosas que hacen que la guerra sea inevitable”. También señala la necesidad de trabajar por la paz, oponiéndose a la “ficciones e ilusiones” que refuerzan el estado moderno, sea comunista o capitalista.

Aunque *Nuevas Semillas de Contemplación* marca el ingreso de Merton en el foro público, al menos por un tiempo, sobre cuestiones de guerra y paz, no hay señal de ningún cambio de dirección radical en sus convicciones sobre la guerra. Si en abril de 1948 deploraba la falta de denuncia de los teólogos contra la amenaza de la guerra nuclear, en una carta de marzo de 1955 dirigida a Erich Fromm escribió: “Me parece a mí que no existen circunstancias que confieran legitimidad a la guerra atómica. El axioma *non sunt faciendā mala ut eveniant bona* (no se debe hacer un mal para conseguir un bien) es aplicable aquí más que nunca.... Por lo tanto, estoy completamente con Vd. sobre la cuestión de la guerra atómica. Me opongo a ella con toda la fuerza de mi conciencia”²⁰. En aquel momento, sin embargo, pensó que como religioso ermitaño “fuera del mundo” no se le permitiría firmar la petición en contra de la guerra que Fromm le había enviado. Pero el 25 de octubre 1959 en su diario se hace la pregunta: “¿Cuántos cristianos han tomado una postura seria y efectiva contra la guerra atómica?”. Y el 12 de julio de 1960 denuncia la complacencia americana y su infidelidad a los valores profesados en conexión con la carrera armamentista, y concluye: “Siento que debo elevar mi voz y decir algo, en público, y no sé por donde empezar. Y para cuando haya pasado por los censores habrá perdido la esencia de su significado”.

No obstante, entre octubre de 1961, cuando apareció “La raíz de la guerra es el miedo” en el *Catholic Worker*, y septiembre de 1962, cuando se publicó la colección de ensayos de varias personas reunidas por Merton, titulada *Breakthrough to Peace*, Merton llegó a “alzar [su] voz en público”, hasta que los censores, o más bien el Abad General, silenció su voz por un tiempo. En una serie de artículos editados durante este periodo y posteriormente, después de levantar la prohibición, mantuvo tres posturas decididas:

- Primero, se mantiene firmemente contra la guerra nuclear y la mentalidad que hace la guerra nuclear impensable. Considera que la noción de la fuerza disuasiva nuclear es sumamente engañosa, ya que no ha servido para evitar numerosas guerras convencionales (*Breakthrough to Peace*), y rechaza el argumento de que un primer ataque pudiera destruir las armas del enemigo antes de que sean utilizadas por ellos, pues eso crearía mayor desestabilización y haría más problemática la disuasión. Merton recomienda “el rechazo de la fuerza disuasoria nuclear como base a una política internacional” y aumentar, en cambio, todos los esfuerzos para un desarme genuino. Esa es la opción cristiana²¹.
- Segundo, mantiene que la guerra convencional es también moralmente inaceptable, porque infringe con demasiado frecuencia las normas de la justicia y porque en el mundo moderno siempre conlleva la amenaza de una escalada hacia la destrucción masiva. En “Target Equals City” (“El objetivo equivale a la ciudad”) (un artículo que nunca se llegó a editar durante la vida de Merton debido a la censura) señala cómo en la Segunda Guerra Mundial la erosión gradual de las restricciones morales condujo a actos

²⁰ Thomas Merton, “The Hidden Ground of Love. Letters”, ed. by William H. Shannon, Farrar, Straus, Giroux, New York 1995, págs. 311-312.

²¹ Thomas Merton, “Breakthrough to Peace”, *Passion for Peace. The Social Essays*, Ed. by William H. Shannon, Crossroad, New York 1995, pág. 101.

de “terrorismo puro” tales como la destrucción por bombardeos y el uso de armas atómicas, a pesar de que dichas tácticas eran totalmente incompatibles con los principios morales tradicionalmente aceptados sobre las guerras. En la actualidad “la doctrina tradicional sobre la guerra justa ha sido tan profundamente modificada que es casi irreconocible”²². En sus escritos posteriores sobre la inmoralidad del conflicto de Vietnam, protestaría contra la “incontenible atrocidad” de la política americana y comportamiento en este ejemplo concreto de la guerra convencional²³.

- Tercero, escribe para evitar que se dé carta de legitimidad al recurso de la guerra como respuesta para resolver los conflictos sociales y políticos. Denuncia claramente: “Solamente hay un ganador en la guerra, y ese ganador no es la justicia, ni la libertad, o la verdad cristiana, es la guerra misma”²⁴. En una carta dirigida “a la esposa de un hombre de estado” (“To a Statesman’s Wife”, para Ethel Kennedy) subraya que la guerra en sí es el enemigo principal, y sugiere que ello es debido a que tras la fachada de la moralidad se oculta muchas veces “un frente del egoísmo organizado e irresponsabilidad sistemática”²⁵.

Al tiempo que *Breakthrough to Peace* se editaba, a Merton se le prohibió seguir escribiendo sobre el tema de la guerra, por ser algo inapropiado para la vocación de un monje. Acató la prohibición, aunque en firme desacuerdo con “la creencia de que un monje profundamente preocupado con el tema de la guerra nuclear alzando su voz en protesta contra la carrera armamentística, pudiera *desprestigiar* la vida monástica”²⁶. Era evidente cuán lejos estaba la institución monástica de los temas decisivos de moral y espiritualidad del día²⁷.

Cuando la prohibición fue levantada y *Semillas de Destrucción* hizo su aparición en 1964, en la sección *El Cristiano en un Mundo en Crisis* se centró más en la promoción de un clima de paz que en la moralidad de la guerra nuclear o convencional.

De entre todos sus pronunciamientos, tan relevantes hoy como cuando fueron escritos, si no más, seleccionamos uno por razones de oportunidad histórica en nuestros días:

“A través de mi vida monástica y de mis votos digo NO a todos los campos de concentración, a los bombardeos aéreos, a los juicios políticos que son una pantomima, a los asesinatos judiciales, a las injusticias raciales, a las tiranías económicas, y a todo el aparato socioeconómico que no parece encaminarse sino a la destrucción global a pesar de su hermosa palabrería en favor de la paz. Hago de mi silencio monástico una protesta contra las mentiras de los políticos, de los propagandistas y de los agitadores, y cuando hablo es para negar que mi fe y mi iglesia puedan estar jamás seriamente alineadas junto a esas fuerzas de injusticia y destrucción. Pero es cierto, a pesar de ello, que la fe en la que creo también la

²² Thomas Merton, “Target Equals City”, *Passion for Peace. The Social Essays*, Ed. by William H. Shannon, Crossroad, New York 1995, págs. 29.

²³ Thomas Merton, “Taking Sides on Vietnam”, *Faith and Violence*, University of Notre Dame Press, Notre Dame 1968, págs. 109-110; “The Vietnam War: An Overwhelming Atrocity”, *Passion for Peace. The Social Essays*, Ed. by William H. Shannon, Crossroad, New York 1995, págs. 315-321.

²⁴ Thomas Merton, “Target Equals City”, *Passion for Peace. The Social Essays*, Ed. by William H. Shannon, Crossroad, New York 1995, pág. 28.

²⁵ Thomas Merton, “Cold War Letter 10 to Ethel Kennedy, December 1961”, *The Hidden Ground of Love. Letters*. Selected and Ed. by William H. Shannon, Farrar, Straus, Giroux, New York 1985, pág. 445.

²⁶ Thomas Merton, “Cold War Letter 69 to Jim Forest, April 29, Low Sunday 1962”, *The Hidden Ground of Love. Letters*. Selected and Ed. by William H. Shannon, Farrar, Straus, Giroux, New York 1985, pág. 267.

²⁷ Patrick F. O’Connell, “War”, William H. Shannon, Christine M. Bochen, Patrick F. O’Connell, *The Thomas Merton Encyclopedia*, Orbis, Maryknoll, New York 2002, págs. 516-519.

invocan muchas personas que creen en la guerra, que creen en la injusticia racial, que justifican como legítimas muchas formas de tiranía. Mi vida debe, pues, ser un protesta, ante todo, contra ellas...

Si digo que NO a todas esas fuerzas seculares, también digo SÍ a todo lo que es bueno en el mundo y en el hombre. Digo SÍ a todo lo que es hermoso en la naturaleza, y para que éste sea el sí de una libertad y no de sometimiento, debo negarme a poseer cosa alguna en el mundo puramente como mía propia. Digo SÍ a todos los hombres y mujeres que son mis hermanos y hermanas en el mundo, pero para que este sí sea un asentimiento de liberación y no de subyugación, debo vivir de modo tal que ninguno de ellos me pertenezca ni yo pertenezca a alguno de ellos. Porque quiero ser más que un mero amigo de todos ellos me convierto, para todos, en un extraño”.²⁸

En lo más profundo de su corazón, a Merton no le impulsaba un desacerbado deseo de conocer y saber, ni siquiera de escribir, sino un impulso sincero de amarlo todo y a todos, una pasión por la unidad y la paz entre los hombres, un sentimiento tremendamente arraigado de llevar adelante tareas que contribuyeran a la armonía de todos los seres humanos, fueran cuales fueren sus creencias, su condición social, su origen y cultura.

Por estas razones, porque estaba convencido en lo más profundo de su corazón y porque había recorrido a fondo los caminos de su propia tradición, acoge con entusiasmo la posibilidad, que luego se hizo real, de un viaje a Asia, que preparó concienzudamente, y en el que cristalizarían muchos años de interés por otras religiones y expresiones místicas:

“CREO QUE MEDIANTE LA APERTURA AL BUDISMO, AL HINDUISMO, Y A ESTAS GRANDES TRADICIONES DE ASIA, NOS COLOCAMOS ANTE UNA MARAVILLOSA OPORTUNIDAD DE APRENDER MÁS SOBRE LA POTENCIALIDAD DE NUESTRAS PROPIAS TRADICIONES... LA COMBINACIÓN DE LAS TÉCNICAS NATURALES Y LA GRACIA Y LAS DEMÁS COSAS QUE HAN SIDO MANIFESTADAS EN ASIA, Y LA LIBERTAD CRISTIANA DEL EVANGELIO, DEBERÍAN LLEARNOS AL MENOS A ESA TOTAL Y TRASCENDENTAL LIBERTAD QUE ESTÁ MÁS ALLÁ DE TODAS LAS DIFERENCIAS CULTURALES Y MERAMENTE EXTERNAS...”²⁹

LA PEREGRINACIÓN DE THOMAS MERTON A ASIA RESPONDIÓ a su empeño sincero POR PROFUNDIZAR EN SU COMPROMISO RELIGIOSO Y MONÁSTICO. ESTO RESULTA EVIDENTE CONSIDERANDO LAS NOTAS PREPARADAS PARA EL ENCUENTRO INTERCONFESIONAL CELEBRADO EN CALCUTA A MEDIADOS DE NOVIEMBRE:

“HABLO COMO UN MONJE OCCIDENTAL FUNDAMENTALMENTE INTERESADO EN SU PROPIA VOCACIÓN y consagración. HE DEJADO MI MONASTERIO PARA VENIR AQUÍ NO COMO UN INVESTIGADOR O INCLUSO COMO UN AUTOR DE LIBROS (LO CUAL TAMBIÉN ES CIERTO). HE VENIDO COMO UN PEREGRINO ANSIOSO DE OBTENER NO SÓLO INFORMACIÓN, NO SÓLO HECHOS SOBRE OTRAS TRADICIONES MONÁSTICAS, SINO PARA BEBER DE LAS ANTIGUAS FUENTES DE LA VISIÓN Y EXPERIENCIA MONÁSTICAS. NO PRETENDE SÓLO APRENDER MÁS (CUANTITATIVAMENTE) SOBRE RELIGIÓN Y VIDA MONÁSTICA, SINO PARA LLEGAR A SER UN MONJE MEJOR (CUALITATIVAMENTE) Y MÁS ILUMINADO”.³⁰

²⁸ Thomas Merton, *Querido Lector (Reflexiones sobre mi obra)*, traducción y edición de Fernando Beltrán, CIEM, Ávila 1997, pág. 71. Ver también: Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Ed. Sal Terrae, Santander 2003: *La raíz de la guerra es el miedo*, págs. 127-137.

²⁹ Thomas Merton, APÉNDICE VII DEL *DIARIO DE ASIA*, Ed. Trotta, Madrid 2001, pp. 303-304.

³⁰ APÉNDICE IV DEL *DIARIO DE ASIA*, p. 274.

Finalmente, Merton sugiere cómo debe ser esta comunicación entre culturas, religiones, tradiciones, algo muy interesante particularmente en este marco privilegiado de diálogo y escucha. Lo que Merton apunta en su apéndice IV del Diario de Asia fue sin duda la mejor propuesta hecha hasta la fecha sobre el diálogo interreligioso monástico, y desde luego un punto de partida excelente para lo que posteriormente vendría y sigue dando frutos entre nosotros hoy:

“EL PUNTO QUE HAY QUE REMARCAR ES LA IMPORTANCIA DE UNA COMUNICACIÓN SERIA, ADEMÁS DE LA “COMUNIÓN” ENTRE CONTEMPLATIVOS DE DIFERENTES TRADICIONES, DISCIPLINAS Y RELIGIONES. ESTO PUEDE CONTRIBUIR MUCHO AL DESARROLLO DEL HOMBRE EN ESTE MOMENTO CRUCIAL DE SU HISTORIA. ADEMÁS, NOS ENCONTRAMOS EN UN MOMENTO DE CRISIS, EN UN MOMENTO DE ELECCIONES CRUCIALES (...) POR ENCIMA DE TODO, ES IMPORTANTE QUE ESTA INTEGRIDAD Y PROFUNDIDAD —ESTE ELEMENTO DE ÍNTIMA LIBERTAD TRASCENDENTE— SE CONSERVE INTACTO EN TANTO EN CUANTO CRECEMOS EN DIRECCIÓN A LA PLENA MADUREZ DEL HOMBRE UNIVERSAL.

ESTAMOS DANDO TESTIMONIO DEL CRECIMIENTO DE UNA CONCIENCIA VERDADERAMENTE UNIVERSAL EN EL MUNDO MODERNO. ESTA CONCIENCIA UNIVERSAL PUEDE SER UNA CONCIENCIA DE LIBERTAD Y DE VISIÓN TRASCENDENTE, O PUEDE SIMPLEMENTE SER UNA ENORME NIEBLA DE TRIVIALIDADES MECANIZADAS Y DE CLICHÉS ÉTICOS. SE TRATA DE UNA DIFERENCIA BASTANTE IMPORTANTE, A MI PARECER, Y QUE MERECE ATRAER LA ATENCIÓN DE TODAS LAS RELIGIONES, ASÍ COMO DE LAS FILOSOFÍAS HUMANISTAS SIN CONTENIDO RELIGIOSO ALGUNO”³¹.

7. La visión unificada y la integración final

La aspiración última del monje, para Thomas Merton, es plenamente convergente con la del ser humano “finalmente integrado”, en la imagen que el trapense adoptara del psiquiatra iraní Reza Arasteh, autor de una biografía sobre *Rumi, el persa, el sufi*. Merton insistió mucho a lo largo de su vida en que el estado de visión interior que constituye la integración final implica una apertura, una “vaciedad”, una pobreza similar a la que describen con tanto detalle no sólo los místicos renanos, san Juan de la Cruz y los primeros franciscanos, sino también los sufíes, los primeros maestros taoístas y maestros y maestras zen del pasado y del presente. El hombre y la mujer que llegan a la integración final, aunque nos parezca difícil, se ven libre de muchas limitaciones culturales y condicionamientos “locales” que a la mayoría nos resultan difíciles de superar:

“El hombre que ha logrado la integración final ya no se halla limitado por la cultura en la que ha crecido. “Ha abrazado la “totalidad de la vida”... Ha experimentado... la existencia humana ordinaria, la vida intelectual, la creación artística, el amor humano, la vida religiosa. Trasciende todas esas formas limitadas, al tiempo que retiene todo lo mejor y lo universal que hay en ellas... No solamente acepta a su propia comunidad, a su propia sociedad, a sus amigos, a su cultura, sino a toda la humanidad. No permanece atado a una serie limitada de valores de manera tal que los opone a otros adoptando posturas agresivas o defensivas. Es totalmente “católico” en la mejor acepción de la palabra. Posee una visión y una experiencia unificadas de la única verdad que resplandece en todas sus diferentes manifestaciones, unas más claras que otras. No establece oposición entre todas estas visiones parciales, sino que las unifica en una dialéctica o en una visión interior de complementariedad. Con esta visión de la

³¹ Apéndice IV, *Diario de Asia*, pp. 278-79.

vida, puede aportar perspectiva, libertad y espontaneidad a la vida de los demás”.³²

Para concluir, podemos recordar algo que estuvo siempre en los impulsos más espirituales del itinerario de Merton, y que en muchas ocasiones constituyó materia de su propia oración personal; nuevamente en Occidente, y otra vez recogiendo el legado de Merton, tocamos algo que también nos atañe muy de cerca en los albores de una Constitución Europea:

“Si puedo unir en mí mismo el pensamiento y la devoción del Cristianismo oriental y el occidental, de los Padres griegos y latinos, de los místicos rusos y los españoles, puedo preparar en mí mismo la reunión de los cristianos separados. De esa unidad secreta e inexpressada que hay en mí mismo puede acabar por salir una unidad visible y manifiesta de todos los cristianos”.³³

Y más adelante, en ese mismo libro significativamente titulado *Conjeturas de un espectador culpable*, Merton añade:

“Estoy acabando *Comprensión de Europa* de Dawson... Defiende que, si se descarta o se ignora simplemente el valor de la cultura cristiana, no se hace más que apresurar la total secularización de la sociedad que necesita todo lo que pueda conservar de su herencia cristiana. (...). Por lo que a mí toca, estoy cada vez más convencido de que mi trabajo es aclarar algo de la tradición que vive en mí y en que vivo yo: la tradición de sabiduría y espíritu que se encuentra no sólo en el cristianismo occidental sino en la ortodoxia, y también, al menos de modo análogo, en Asia y en el Islam. La cordura del hombre y su equilibrio y su paz dependen, me parece, de que mantenga vivo un sentido continuo de lo que ha sido válido en su pasado”.³⁴

CONCLUSIÓN

Una de las mayores riquezas de este “Parlamento de las Religiones 2004”, posiblemente haya sido la de poder orar juntos compartiendo lo mejor, lo más trascendente, lo más esencial de cada una de nuestras propias tradiciones religiosas. Para cerrar el círculo que iniciamos deseándoles la paz, quisiéramos despedirnos con la plegaria por la paz de Merton, más urgente hoy que cuando la pronunció hace cuatro décadas:

“Dios todopoderoso y misericordioso,
Padre de todos los hombres,
Creador y Señor del universo,
Señor de la historia:
tus designios son inescrutables,
tu gloria es sin mancha,
tu compasión por los errores humanos no se agota,
¡Nuestra paz descansa en tu voluntad!

...

Concédenos prudencia en proporción a nuestro poder,

³² Thomas Merton, “Final Integration: Toward a Monastic Therapy”, *Contemplation in a World of Action*, Doubleday, New York 1973. págs. 219-231 [“Integración final: hacia una terapia monástica”, *Acción y contemplación*, Kairós, Barcelona 1982, pp. 123-126. Merton se basa en la obra de Reza Araste, de quien contamos en castellano con su ensayo *Rumi el persa, el sufí: un renacimiento en el seno de la creatividad y el amor*, con prefacio de Erich Fromm, Paidós, Barcelona 1984].

³³ Thomas Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, pág. 22.

³⁴ *Ibidem*, pág. 181.

sabiduría pareja a nuestra ciencia,
humanidad en la medida
de nuestra riqueza y nuestra fuerza.
Y bendice nuestra voluntad sincera
de ayudar a todas las razas y las gentes
a viajar de forma amistosa con nosotros
por el camino de la justicia,
la libertad y la paz duraderas.

...

¡Oh Dios santo y misericordioso con los hombres:
Concédenos buscar la paz allí donde de verdad se encuentra!
¡En tu voluntad, Oh Dios, reside nuestra paz!
Amén”.³⁵

³⁵ Thomas Merton, “Oración por la paz leída en el congreso norteamericano el 12 de abril de 1962”.